EL CURIOSO CASO DE JUAN PEDRO, PALETO DE PUEBLO

Jose Antonio Fernández Fernández

Capítulo 1

Esta es una historia que le podría haber sucedido a una persona cualquiera, en una ciudad cualquiera, en una época cualquiera. Pero no, concretamente es una historia que le sucedió a un tipo llamado Juan Pedro, un paleto de pueblo sin más aspiraciones que las de trabajar como un burro durante toda su vida por cuatro pesetas al mes.

Corrían los locos años ochenta, era el tiempo de las películas horteras de Michael J. Fox, de los aburridos discursos de Reagan, de los voluminosos cardados de pelo de las azafatas del: "Un, dos, tres", del mundial y de Naranjito. Era tiempo de la movida madrileña y los mostachos frondosos.

Evidentemente, nuestro protagonista, que vivía solo y aislado de la mano de Dios en un pueblo remoto de la provincia de Toledo estaba tan informado de lo que pasaba a su alrededor como si estuviera viviendo unos 40 o 50 años atrás.

Juan Pedro era un hombre sencillo que mataba el tiempo libre dedicándose al noble arte de la papiroflexia, no tenia aspiraciones mas allá de lo cotidiano, tampoco tenía enemigos ni problemas que sobresalieran por encima de los sabañones de sus manos.

Su vida transcurría tranquila sin sobresaltos ni preocupaciones. Iba a trabajar, paseaba por el campo, se reunía en el bar los viernes por la tarde con sus vecinos y amigos y se tomaba su vinito diario. Aparentemente todo era normal, pero Juan Pedro tenia un oscuro secreto que ni los vecinos, ni amigos, ni siquiera Paco, tabernero del pequeño bar del pueblo, que hacia las veces de colega de toda la vida en los desvaríos etílicos de Juan Pedro conocía. Su extrema afición por el juego del teto y el... llamémosle autoplacer, le perdía.

Y es que Juan Pedro era una persona muy fogosa y pasional, las veces que tenía relaciones con alguna moza del pueblo, esta quedaba totalmente agotada, tumbada en la cama entre espasmos y sudores fríos mientras Juan Pedro bufando como un animal en celo pedía más y más. Por eso ante este panorama las muchachas decidieron huir de él como quien ve la guadaña de la parca rozando su garganta.

Viendo esto Juan Pedro se dedicaba al monótono, y no sé si tan noble, arte del onanismo siempre que tenia la oportunidad de darle caña al manubrio, y venga y dale hasta que "el calvo" se ponía del tamaño del pelo de una de esas azafatas del "Un, dos, tres" que ya he mencionado antes.

En cierta ocasión, nuestro amigo conoció a una manceba de un pueblo de los alrededores, la moza en cuestión como no conocía la oscura leyenda

de Juan Pedro aceptó la proposición de irse a dar un paseo por un sendero, entiéndase picadero, que allí había. Iban ambos hablando sobre temas intrascendentes y aparentemente inocentes cuando de repente Juan Pedro se puso firme como un soldado de reemplazo ante un general y se lanzó a la acción.

La muchacha en un principio se mostró tímida y molesta, pero la tentativa y morbosa propuesta de Juan Pedro le caló y se pusieron a hacer los dos ejercicio en medio del bonito sendero adornado por olivos. Estaba Juan Pedro jugando fuertemente al teto cuando advirtió un bajón considerablemente extraño, y es que su libido se había marchado a jugar al tenis dejándolo, nunca mejor dicho, en calzoncillos. Como es de esperar se produjo el temido "gatillazo" y posterior enfado de la moza que aún estaba desparramada con el vestido a la altura de la cintura y las bragas a la de los zapatos.

A partir de esta lamentable historia, para Juan Pedro nada volvió a ser igual. Desde aquel momento parecía que su miembro tenía vida propia, no obedecía a los estímulos que mandaba su cerebro. Quien se lo iba a decir, toda la vida siendo de derechas, católico, apostólico, romano y del real Madrid e iba a resultar que tenía una polla rebelde y comunista, realmente deplorable.

Harto ya de esta absurda situación, Juan Pedro decidió irse a la consulta del médico a ver que le podía recomendar. Una vez allí, el avispado doctor, tenía ante sus ojos al tantas veces apodado por las mozas: "obús de la muerte", y además, afectado por tan singular problema. Jonás que así se llamaba el galeno, urgaba y manoseaba el miembro flácido de su paciente con una amplia sonrisa de oreja a oreja en la cara, sonrisa que Juan Pedro no supo como tomarse. Al fin el doctor dio su diagnóstico, parecía que no había nada anómalo allí, Juan Pedro se subió los pantalones y recogió la receta que le extendió, se pasó por la farmacia y se fue de vuelta a casa.

Eran eso de las once y media, una fría y tormentosa noche de invierno. La casa de Juan Pedro era casi fantasmal a la luz de las velas. Se duchó y cambió de ropa, cuando todo estuvo en orden, silenciosamente procedió a aplicarse la crema que le habían recetado. Al bajarse los calzoncillos dio un grito sobresaltado, su miembro estaba visiblemente más grande que la mayoría de las veces.

Con cuidado lo cogió con una mano para sostenerlo mientras con la otra aplicaría la crema, de repente el miembro empezó a palpitar de una manera frenética inflándose como un globo mientras una gran y azulada vena lo recorría de un extremo al otro con varias más pequeñas que crecían a partir de esta.

Juan Pedro se asustó y la soltó mientras esta seguía creciendo, creciendo

y palpitando. De repente empezó a moverse tímidamente para asombro de su dueño, era como un apéndice maléfico, monstruoso, que tenía entre las piernas y estaba cobrando vida. Cuando hubo crecido hasta el escalofriante tamaño de 25 cm comenzó a moverse más y más rápido, tal que un pez recién pescado.

Juan Pedro se levantó asustado con aquello aleteando entre sus piernas. No cabía en su asombro. ¿Qué especie de pesadilla terrorífica era aquella?. Aquel monstruo de aspecto grotesco que tanto placer le diera antaño, ahora estaba mutando en una especie de ser que se estaba sobredesarrollando entre sus piernas. Pasaban los segundos y cada vez era mayor y se movía con más fuerza y destreza, hasta tal punto que hizo que nuestro protagonista perdiera el equilibrio y se precipitara de bruces contra el suelo de madera.

Intentó agarrarla como pudo con sus manos pero era imposible, era demasiado fuerte, se retorcía como una condenada, haciendo que Juan Pedro se balanceara en contra de su voluntad. Una vez hubo alcanzado un tamaño considerable, pudo ver como se alzaba por encima de él como una cobra en busca de su presa. Era aterradora, inmensa e incontrolable, había comenzado a enroscarse sobre su cuerpo desnudo asfixiándolo.

Este intentó evitarlo en vano, se acopló a su cuello rodeándolo y como una boa constrictora empezó a tensar su músculo mas y más fuerte. Juan Pedro ya apenas podía respirar, luchaba por intentar quitársela de encima pero finalmente desistió abalanzándose sin remedio en los fríos brazos de la muerte que le esperaban mas allá de las convulsiones y el agotamiento, para llevarlo a un lugar de sosiego y calma eterna.

Al límite de sus fuerzas veía como esa figura oscura se acercaba más y más a él para en un segundo verla cara a cara y ver como con su guadaña se lo llevaba de allí, del dolor y el sufrimiento.

A la mañana siguiente un fuerte golpe sacudió el suelo de madera de la casa de Juan Pedro. La bolsa que su tía Gloria traía en la mano se precipitó contra el suelo tras la horrible visión del cuerpo inerte de su sobrino en el suelo. Ahora el “obús de la muerte” iba a por su desayuno tras la opípara cena del día anterior.